

KAROL WOJTYLA

El Taller Del Orfebre



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

El taller del orfebre

Karol Wojtyła

EL TALLER DEL ORFEBRE

**Meditación sobre el sacramento del matrimonio,
expresada a veces en forma de drama**

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLXXX

Título de la edición original: *Przed sklepem jubitera.*

La traducción ha sido realizada directamente del polaco por ANNA RODON KLEMENSIEWICZ.

- © Libreria Editrice Vaticana. Città del Vaticano 1979.
- © Biblioteca de Autores Cristianos, de La Editorial Católica, S.A. 1980.
Mateo Inurria, 15. Madrid.
Depósito legal M 15.307-1980.
ISBN 84-220-0952-8.
Impreso en España. Printed in Spain.

INDICE

	<i>Págs.</i>
NOTA DEL EDITOR	IX
ACTO PRIMERO	
<i>LOS SIGNOS</i>	1
ACTO SEGUNDO	
<i>EL ESPOSO</i>	35
ACTO TERCERO	
<i>LOS HIJOS</i>	71

EL taller del orfebre se publicó por primera vez en 1960 en la revista *Znak*, bajo el pseudónimo de Andrzej Jawien. Se engañaría quien viera en esta obra de K. Wojtyła un simple ensayo literario, extraño producto en la mesa de un teólogo. En cada una de estas páginas vibra sin duda la sensibilidad del poeta y del dramaturgo, pero descubrimos también en ellas la preocupación del pastor de almas y la convicción profunda del pensador católico. Es la historia —el drama interior— de tres jóvenes parejas de esposos —Teresa y Andrés, Ana y Esteban, Mónica y Cristóbal— que experimentan el esplendor y, también, la oscura noche, a veces lacerante, del amor humano. La obra lleva este subtítulo: *Meditación sobre el sacramento del matrimonio*, expresada a veces en forma de drama. *Porque no se trata del amor sin más, sino del amor fiel por encima de toda prueba, del vínculo indisoluble de toda unión matrimonial.*

Nos llega este mensaje a través de una acción situada en un espacio y un tiempo en los que la realidad cotidiana se conjuga admira-

blemente con el símbolo. Personajes grávidos de carga simbólica son Adán —cuyo nombre es el común denominador de todos los nuestros—, las vírgenes del Evangelio, el Esposo, los interlocutores que hablan desde la sombra. Pero por encima de todos destaca el viejo y sabio orfebre, figura central que invade totalmente la vida de los protagonistas. El cristal del escaparate de su tienda es un extraño espejo en el que se refleja el futuro de la pareja humana hasta la frontera misma del misterio, y su balanza no pesa el metal, sino toda la existencia del hombre y su destino.

EL TALLER DEL ORFEBRE

I. LOS SIGNOS

1.

T E R E S A

Andrés me ha elegido y ha pedido mi mano.
Ha ocurrido hoy, entre las cinco y las seis
de la tarde.

No recuerdo exactamente, no tuve tiempo de
consultar el reloj
ni ver la hora en la torre del viejo ayuntamiento.
En momentos así no se comprueba la hora,
momentos así surgen en el hombre
más allá del tiempo.

Pero incluso si me hubiera acordado de que tenía
que mirar
el reloj del ayuntamiento,
no hubiera podido hacerlo, pues hubiera tenido
que mirar
por encima de la cabeza de Andrés.

Caminábamos precisamente por el lado derecho
de la plaza,
cuando Andrés se volvió hacia mí y dijo:
¿Quieres ser la compañera de mi vida?
Lo dijo así. No dijo: quieres ser mi mujer,
sino: la compañera de mi vida.

Lo que iba a decirme era, pues, premeditado.

Y lo dijo mirando hacia delante, como si temiera
leer en mis ojos,
y al mismo tiempo como si quisiera indicar
que frente a nosotros hay un camino, cuyo fin
no podemos ver
—hay un camino o por lo menos puede haberlo,
si yo a su petición
contesto «sí».

Respondí «sí», pero no en seguida.
Sólo al cabo de unos minutos,
a pesar de que a lo largo de aquellos minutos
ni pudo haber reflexión alguna,
ni pudo existir lucha de impulsos encontrados.
La respuesta estaba casi decidida.
Sabíamos los dos que se remontaba a todo nuestro
pasado,
y se proyectaba lejos en el futuro,
que se hundía en nuestro ser, como la lanzadera
del tejedor,
para aprehender el hilo preciso
que determina el modelo del tejido.

Recuerdo que Andrés tardó en volverse hacia mí
y pasó largo rato con la mirada fija hacia delante
como si escrutara el camino que se abría
ante nosotros.

A N D R E S

Llegué hasta Teresa por un camino largo,
no la descubrí en seguida.

No recuerdo siquiera si nuestro primer encuentro
estuvo acompañado de algún presentimiento o algo
parecido.

Ni tan sólo sé qué significa «amor a primera
vista».

Después de un cierto tiempo noté
que ella se encontraba en el ámbito
de mi atención,

es decir, que debía interesarme por ella,
y que aceptaba con gusto la idea de tener que
hacerlo.

Sin duda habría podido no actuar tal y como
sentía,

pero comprendí que esto hubiera carecido
de sentido.

Era evidente que en Teresa había algo
que sintonizaba con mi personalidad.

En aquella época pensaba mucho
en mi «alter ego».

Teresa era todo un mundo, tan distante
como cualquier otro hombre, como cualquier otra
mujer

—sin embargo, algo permitía pensar en tender
un puente.

Dejé que esta idea permaneciera en mí,
e incluso que se desarrollara.

No era ésta una concesión involuntaria.

No me rendía sólo a la impresión y a la magia
de los sentidos,

pues sabía que entonces jamás saldría
de mi propio «yo»,

y no llegaría hasta la otra persona —pero en esto
consistía el esfuerzo.

Pues mis sentidos se alimentaban, a cada paso,
del encanto de las mujeres que se cruzaban
conmigo.

En varias ocasiones traté de seguirlas,
y me encontré con islas deshabitadas.

Pensé entonces que la belleza accesible
a los sentidos

puede convertirse en un don difícil y peligroso;
sé de personas que por su causa dañan a otras
—así, lentamente, aprendí a valorar la belleza
accesible al espíritu, es decir, la verdad.

Decidí, por tanto, buscar una mujer que fuera
realmente

mi «alter ego» y que el puente tendido
entre los dos

no fuera frágil pasarela entre nenúfares y cañas.

Encontré varias chicas que se apoderaron
de mi imaginación

y también de mi pensamiento —pero he aquí
que en el preciso instante
en que parecía estar más interesado por ellas,
me daba cuenta, de pronto, que Teresa
seguía presente en mi conciencia y en mi recuerdo
y que instintivamente las comparaba a todas
con ella.

A pesar de todo, casi deseaba que la alejaran
de mi conciencia,
y hasta cierto punto contaba con ello.
Y estaba dispuesto incluso a dejarme llevar
por la impresión,
por la sensación insistente y fuerte.

Quería considerar el amor como una pasión
y como un sentimiento que prevalece
sobre todo lo demás
—creía en lo absoluto del sentimiento.
Por esto no llegaba a comprender
en qué se apoyaba aquella extraña pervivencia
de Teresa dentro de mí,
por qué seguía presente en mí,
qué le aseguraba un lugar en mi «yo»,
y creaba a su alrededor
aquella especie de extraña resonancia,
aquel «deberías».
De modo que procuraba rehuirla, evitaba adrede
todo aquello que pudiera dar pie a la más leve
conjetura.

Llegaba incluso a ensañarme con ella en mis pensamientos
y al mismo tiempo me sentía acosado por ella.
Me parecía como si me persiguiera con su amor,
del que yo debía apartarme con firmeza.
Con todo ello mi interés por Teresa iba
en aumento,
y en cierto modo el amor se alimentaba
de esta misma contradicción.
El amor puede ser también como un choque
en el que dos seres adquieren plena conciencia
de que deben pertenecerse,
aunque falten aún el estado de ánimo
y los sentimientos.
Es uno de esos procesos del universo
que producen la síntesis,
unen lo que está separado y amplían y enriquecen
lo que es angosto y limitado.

T E R E S A

Debo reconocer que la declaración de Andrés
ha sido para mí algo totalmente imprevisto.
No tenía ningún motivo para esperarla.
Siempre había creído que Andrés hacía
todo lo posible
para que yo le fuera innecesaria
y para convencerme de ello.

Si su declaración no me ha hallado del todo
desprevenida,
es porque en cierto modo sentía que estaba hecha
para él
y que tal vez podría amarle.
Quizá inconscientemente ya le amaba.
Pero nada más.
Nunca quise admitir en mí un sentimiento
que pudiera quedarse sin respuesta.
Hoy puedo ya reconocer ante mí misma
que no me fue nada fácil.

Recuerdo en particular cierto mes
y en este mes cierta noche—
íbamos de excursión por la montaña,
formábamos un grupo numeroso y muy unido,
había entre nosotros algo más que simple
compañerismo—
nos entendíamos a la perfección.
Andrés estaba entonces visiblemente interesado
por Cristina,
pero esto a mis ojos no le restaba encanto
a la excursión.
Siempre he sido dura como la madera,
que se carcome por dentro antes que romperse.
Si me compadecía a mí misma,
no era a causa de un desengaño amoroso.
Pero así y todo, fue muy duro.

Sobre todo, aquel atardecer en que durante
el descenso
se nos hizo de noche.
Nunca olvidaré aquellas dos lagunas
que nos sorprendieron en el camino
como dos cisternas de sueño insondable.
Dormía el metal mezclado con el reverbero
de la clara noche de agosto.
Pero no había luna.
De pronto, mientras mirábamos absortos,
—no lo olvidaré mientras viva—,
oímos por encima de nuestras cabezas
un grito penetrante.
Podía tratarse
de un lamento, un gemido,
o incluso de un piulido.
Todos contuvimos la respiración.
No sabíamos si era el grito de un hombre,
o el lamento de un pájaro rezagado.
Volvió a oírse la misma voz
y los chicos optaron por responder con otro grito.
La señal recorrió el silencioso bosque dormido
y la noche carpática.
Si hubiera sido un hombre —lo hubiera oído.
Pero aquella voz ya no volvió a escucharse.

Y precisamente entonces cuando todos callaron,
esperando una respuesta,
se me ocurrió una idea: también acerca
de los signos—

hoy ha vuelto a mí aquella idea,
entre el perfil de Andrés
y la torre del viejo ayuntamiento
de nuestra ciudad—
hoy, entre las cinco y las seis de la tarde,
cuando Andrés ha pedido mi mano—
he pensado en los signos cuyo encuentro
es imposible.

Pero realmente pensaba en Andrés
y en mí misma.

Y sentí cuán difícil es vivir.

Aquella fue una noche terrible para mí,
aunque tuvimos una espléndida noche carpática,
llena de belleza y misterio.

Todo cuanto me rodeaba
me parecía tan necesario
y tan en armonía con la totalidad del mundo,
sólo el hombre se hallaba descentrado y perdido.

No sé si todos los hombres,
pero estoy segura de que yo sí lo estaba.

Por esto cuando hoy Andrés me ha preguntado:

«¿Querías ser la compañera de mi vida, para
siempre?»,

yo, pasados diez minutos, he contestado «sí»,
y un poco más tarde le he preguntado
si creía en los signos.

A N D R E S

Hoy Teresa me ha preguntado:
Andrés, ¿crees en los signos?
Y cuando, extrañado de su pregunta,
me he detenido un instante
a mirar, sorprendido, a los ojos
de mi prometida —desde hacía un cuarto de
hora—
me ha contado los pensamientos
que no se alejan de su mente
desde aquella noche en las montañas.

¡Cuán cerca de mí pasó aquella vez!
Casi me asedió con su imaginación
y aquel discreto sufrimiento,
que entonces no quise percibir
y que hoy estoy dispuesto a considerar
nuestro bien común.

Teresa — Teresa — Teresa —
como un punto singular en mi maduración—
ya no prisma de rayos aparentes, sino ser de luz
verdadera.

Y sé que ya no puedo ir más lejos.
Sé que ya no seguiré buscando.
Sólo me estremezco al pensar cuán fácilmente
hubiera podido perderla.

Durante varios años caminó junto a mí
y yo no sabía,
yo no sabía que era ella la que avanzaba y crecía.
Me resistía a aceptar
lo que es hoy mi don máspreciado.
Después de estos años veo claramente
que los caminos que pudieron separarnos
son los que al fin nos han unido.
Estos años han sido el tiempo indispensable,
para podernos orientar en el complicado mapa
de los signos y los símbolos.

Tiene que ser así.

Hoy veo que su tierra es también mi tierra,
y yo que soñaba con tender un puente—

2.

A N D R E S

En nuestra antigua ciudad, al anochecer,
(en octubre la noche llega pronto)
los hombres salen de sus despachos,
donde proyectan la construcción de nuevas
viviendas,
las mujeres y las chicas antes de volver a casa
se entretienen mirando los escaparates.

Encontré a Teresa cuando se hallaba parada
frente a un amplio escaparate,
lleno de zapatos de mujer.
Me paré junto a ella, en silencio
e inesperadamente
—y de pronto nos hallamos juntos
a ambos lados de la gran luna transparente
bañada a chorros de luces deslumbrantes.
Vimos nuestras imágenes juntas,
pues el escaparate, cerrado por detrás
por un espejo grande, enorme,
refleja al mismo tiempo las hileras de zapatos
y las personas que pasan por la acera,

pero sobre todo las que se detienen
para mirarse a sí mismas o a los zapatos.
Cuando de pronto nos encontramos
a ambos lados del enorme espejo
—aquí vivos y reales, allá reflejados—
yo —no sé por qué,
quizá para completar el cuadro
o más bien por un simple impulso del corazón,
pregunté: ¿En qué estás pensando, Teresa?—
y se lo dije casi en un susurro,
que es como hablan los enamorados.

T E R E S A

Entonces ya no pensaba en los signos.
Y en realidad tampoco pensaba en Andrés.
Mis ojos buscaban zapatos de tacón alto.
Había allí zapatos de todas clases,
zapatos cómodos para andar y hacer deporte,
pero yo prefería mirar
los zapatos de tacón alto.

Andrés es más alto que yo,
así que necesito aumentar un poco mi estatura
—pensaba, por tanto, en Andrés,
en Andrés y en mí misma.
Ahora ya siempre pensaba en los dos,
y a él seguramente le ocurría lo mismo
—se hubiera alegrado de haberlo sabido.

Iniciamos entonces una conversación acerca de mil detalles relacionados con nuestra boda.

Yo le hablaba de aquella corbata suya que tanto me gusta, y de aquel traje oscuro, que le sienta tan bien.

Andrés lo escuchaba complacido, no por vanidad, sino porque quería gustarme y deseaba complacerme en todo.

Luego juntos fuimos a mirar el escaparate de la tienda del joyero. En pequeñas cajitas forradas por dentro de terciopelo se hallaban expuestas diversas joyas. Entre ellas se veían también las alianzas. Estuvimos un rato mirándolas en silencio. Luego Andrés me cogió de la mano y dijo: Entremos, Teresa, vamos a escoger las alianzas.

A N D R E S

Pero no entramos en seguida. Nos detuvo de pronto el pensamiento que surgió en el mismo instante —lo sentíamos bien los dos— en ella y en mí.

Las alianzas que estaban en el escaparate nos hablaron con extraña fuerza.

Eran allí meros objetos de metal noble, pero lo serían tan sólo hasta el momento en que yo pusiera una de ellas en el dedo de Teresa y ella la otra en el mío.

A partir de este instante comenzarían a marcar nuestro destino.

Nos recordarían sin cesar el pasado, como una lección que es preciso recordar siempre, y nos irían abriendo un futuro continuamente nuevo,

uniendo el pasado con el futuro.

Al mismo tiempo y a cada instante, nos unirán el uno al otro con un lazo invisible, como los dos últimos eslabones de una cadena.

No entramos en seguida en la tienda. El símbolo habló.

Lo comprendimos a la vez. Al mirar las alianzas, una muda emoción nos invadió.

Nos quedamos quietos frente a la tienda.

Vacilábamos antes de entrar.

Sentí que Teresa apretaba con más fuerza mi brazo... y éste fue nuestro «ahora»: el encuentro del pasado con el futuro.

Aquí estamos los dos, nacemos de tantos extraños instantes
y de lo más profundo de tantos hechos,
en apariencia corrientes y sencillos.
Y he aquí que ahora estamos juntos. Secretamente
nos unimos
hasta formar uno solo
por obra de estas alianzas.

Alguien habló a nuestras espaldas, casi en voz
alta.

(A L G U I E N)

Es la tienda del orfebre. ¡Qué oficio tan peculiar!
Crea objetos que pueden inducirnos
a reflexionar sobre el destino.
Así, por ejemplo, dora relojes que miden
el tiempo
y le dicen al hombre
que todo cambia, que todo pasa.

T E R E S A

Ha callado la voz. Aquel hombre se ha acercado
mucho
a nuestro pensamiento. Hemos seguido en silencio.

Però la imaginación trabajaba. Como en un espejo me veía a mí misma—vestida de blanco—
arrodillada junto a Andrés.

El lleva su traje negro. Al entrar en la iglesia, era yo casi tan alta como él, así que no había desproporción alguna.

(Tendré que comprarme unos zapatos de tacón alto,
como los que he visto hoy en aquel escaparate).

Y de pronto —la cosa más extraña—
e inesperada:

mientras estábamos así ante la tienda del orfebre, nos vinieron a la memoria fragmentos de cartas que nos habíamos escrito en años anteriores.

3.

(FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE TERESA A ANDRES)

...quiero volver a referirme, Andrés, a aquella excursión nuestra del mes de agosto, a aquella noche en que oímos los extraños clamores. Se creó entonces, como recordarás, una cierta confusión y división de pareceres. Pensaban unos que debíamos salir en busca de los montañeros presuntamente extraviados en la espesura del bosque, mientras que los demás aseguraban que se trataba sólo del grito de un pájaro rezagado y no de un hombre. Tú eras de éstos.

Fue una noche memorable, y lo fue también por el hecho de que entonces —al menos así me lo parece, Andrés— te vi verdaderamente. Y créeme—, casi me saltaron a la vista las desproporciones que dormitan en ti. Es inevitable la desproporción entre el deseo de felicidad del hombre y sus posibilidades. Pero tú tratas a toda costa de computar tu felicidad, como lo calculas todo en tu oficina de proyectos. Te faltan el valor y la confianza —¿en qué?, ¿en quién?— en la vida, en el propio destino, en los hombres, en Dios...

(FRAGMENTOS DE UNA CARTA
DE ANDRES A TERESA)

...de modo que tú eres valiente y estás llena de confianza— sin embargo, cuántas veces he leído lágrimas en tu semblante, aunque los ojos permanecían secos. Quizá también tú piensas llegar a la felicidad sólo con valentía, pero en realidad no es más que una forma distinta de temor —o al menos de prudencia.

4.

T E R E S A

La imaginación seguía trabajando con intensidad
creciente,
volaba sobre los recuerdos y el pasado,
hacia un futuro, cuya imagen era cada vez más
cercana.

Me veo junto a Andrés, le igualo en estatura.
Nos sentimos elegantes y en cierta manera
maduros

—hemos ido madurando a lo largo de tantas cartas
intercambiadas durante aquellos años.

Seguimos frente a aquella tienda
para escoger juntos nuestro destino.

Pero el escaparate se ha convertido en el espejo
de nuestro futuro
y refleja ahora su forma.

A N D R E S

Las alianzas no se quedaron en el escaparate.

El orfebre nos miró largamente a los ojos.

Y mientras tomaba la última medida del precioso
metal,

enunció profundos pensamientos que de modo admirable quedaron grabados en mi memoria.

El peso de estas alianzas de oro —dijo— no es el peso del metal, sino el peso específico del hombre, de cada uno de vosotros por separado y de los dos juntos.

¡Ah, el peso específico del hombre, el peso particular de cada hombre!
¿Hay algo más abrumador y al mismo tiempo más inaprehensible?

Es fuerza de gravitación continua encadenada a un breve vuelo.

El vuelo tiene forma de espiral, de elipse, —y forma de corazón....

¡Ah, el peso propio del hombre!

Estas fisuras, esta maraña, y esta profundidad— estas adherencias, cuando es tan difícil despegar la mente del corazón....

Y en medio de todo ello, la libertad —una cierta libertad, a veces incluso locura, una locura de libertad envuelta en esta maraña.

Y en medio de todo ello, el amor, que mana de la libertad, como fuente de tajo recién abierta.

¡He aquí el hombre! No es transparente

y no es monumental

y no es simple,

más bien pobre.

Esto es un hombre —pero ¿y dos

y cuatro y cien y un millón?—

Multiplica todo esto por ti mismo

(multiplica esta magnitud por la debilidad);

y obtendrás el producto de la humanidad,

el producto de la vida humana.

Así habló aquel singular orfebre,

mientras tomaba la medida de nuestras alianzas.

Luego las pulió con una gamuza,

las puso de nuevo en la cajita

que antes estaba en el escaparate,

y comenzó por fin a envolverlas en papel de seda.

En todo este tiempo no dejó de mirarnos a los

ojos,

como si quisiera explorar nuestros corazones.

¿Tenía razón en todo lo que nos decía?

¿Eran éstos también nuestros pensamientos?

Ninguno de nosotros hubiera podido decirlo

en tan poco tiempo—

El amor es más entusiasmo que reflexión.

T E R E S A

Nos vemos reflejados en el escaparate

como en un espejo que encierra el futuro:

Andrés toma una de las alianzas,
yo la otra, nos damos las manos—
¡Dios mío, qué sencillo todo!

¿En qué estarán pensando los invitados a nuestra
boda?

Lo que piensan cuando están callados
—y cuando dejan de hablar,
lo que seguirán pensando.

5.

C O R O

1. La situación es muy hermosa
y despierta tantas sugerencias.
¡Miremos sólo lo que es!
2. El hombre vive en un halo de sombra,
vive también en un halo de luz,
la luz penetra la sombra,
la sombra la luz.
3. Nuevas personas —Teresa y Andrés—
hasta ahora dos y todavía no uno,
desde ahora uno, aunque todavía dos.
4. Ella parece un poco triste,
quizá sólo está seria
o impresionada—
(en la pechera de Andrés ha relucido
el brillante,
y la blanca flor en el pelo de Teresa,
pero no es todavía un fulgor homogéneo).

5. También el vino reluce. Pero el vino es otra cosa.
Que una persona viva
en la otra —es el amor. Teresa y Andrés
vino, vino—
iluminad mutuamente vuestras vidas
(Brindemos, brindemos).
6. Oh, cuántas palabras y corazones
Oh, cuántas palabras y corazones
Oh, cuántas palabras y corazones
- Atravesaremos con vosotros el pórtico,
seguiremos luego por la avenida,
algunas docenas, algunos centenares
de metros,
con entusiasmo,
con una sonrisa franca,
hasta aquí, hasta aquí juntos.
Luego aparecerán los vehículos,
y la carretera nos cortará el paso
—cuando subáis al automóvil,
tendréis que quedaros solos.
7. Pero volvamos a las estrellas,
volvamos al calor, a los sentimientos.
Oh, cuánto afecto necesita el hombre,
cómo anhela la proximidad.
Teresa y Andrés.

8. Árboles, árboles, —troncos rectos y esbeltos
golpean en lo alto, lejos de los ojos,
golpean la luna alejada de los ojos
trescientos mil kilómetros—
pero ellos son dos.
Teresa y Andrés.
Entonces la luna es un pequeño tambor
que resuena en la profundidad de los ojos
y en lo hondo de los corazones.
9. El amor —el amor pulsa en las sienas,
se vuelve en el hombre pensamiento
y voluntad:
voluntad de Teresa de ser Andrés,
voluntad de Andrés de ser Teresa.
10. Es extraño, pero necesario
—y de nuevo separarse,
porque el hombre no perdura en el hombre
indefinidamente
y el hombre no basta.
11. ¿Cómo hacer, Teresa,
para permanecer en Andrés para siempre?
¿Cómo hacer, Andrés,
para permanecer en Teresa para siempre?
Puesto que el hombre no perdura
en el hombre
y el hombre no basta.

12. El cuerpo —por él pasa el pensamiento,
no se sacia en el cuerpo—
y a través de él pasa el amor.
Teresa, Andrés, buscad
un puerto para el pensamiento en vuestros
cuerpos
mientras existen,
buscad un puerto para el amor.

6.

A N D R E S

Aunque seguíamos frente a la tienda del orfebre... el escaparate de su taller había dejado de ser evidentemente un espectáculo en el que todos podían encontrar un objeto para sí. Se convirtió, en cambio, en un espejo que nos reflejaba a los dos —a Teresa y a mí. Es más— no se trataba ya de un espejo plano corriente, sino más bien de una lente que absorbía su objeto. Estábamos no sólo reflejados, sino absorbidos. Me sentía como observado y reconocido por alguien que se hubiera escondido al fondo de aquel escaparate.

T E R E S A

Se veía en él el día de nuestra boda. Nosotros dos vestidos de gala, y detrás de nosotros mucha gente: los invitados. El escaparate absorbió mi imagen en varios momentos y situaciones— primero, cuando estaba de pie y luego arrodillada junto a Andrés, más tarde cuando nos cambiábamos las alianzas... Estoy convencida, además, de que nuestra imagen reflejada al fondo del espejo ha quedado allí para siempre y ya

nunca podremos borrarla ni retirarla. Un instante más tarde pensé que habíamos estado presentes en el espejo desde un principio— o al menos desde mucho antes de que nos detuviéramos frente a la tienda del joyero.

A N D R E S

El joyero, como decía, nos miraba de un modo particular. Su mirada era a un mismo tiempo bondadosa y penetrante. Sentí que nos abrazaba con aquella mirada, mientras escogía y pesaba las alianzas. Luego las colocó en nuestro dedo para probarlas. Tuve entonces la sensación de que buscaba con su mirada nuestros corazones, adentrándose en su pasado. ¿Abarcará también el futuro? La expresión de sus ojos era una mezcla de bondad y de firmeza. El futuro seguía siendo una incógnita que ahora aceptábamos sin inquietud. El amor vence la inquietud. El futuro depende del amor.

T E R E S A

El futuro depende del amor.

A N D R E S

En cierto momento volvió a cruzarse mi mirada con la del viejo orfebre. Sentí entonces que Sus ojos no

sólo exploraban nuestros corazones, sino que trataban de verter algo en nosotros. Nos encontrábamos no sólo al mismo nivel de Su mirada, sino también al mismo nivel de Su vida. Toda nuestra existencia estaba ante Él. Su mirada emitía signos que en aquel momento no fuimos capaces de captar en su plenitud, como aquella vez tampoco supimos interpretar las llamadas en la montaña —pero penetraron en lo más hondo de nuestros corazones. Y de algún modo caminamos en su dirección, pues se convirtieron, de pronto, en la trama de toda nuestra existencia.

T E R E S A

Estuvimos mucho tiempo ante la tienda del orfebre, sin sentir el paso del tiempo ni el frío que seguramente hacía aquella tarde de octubre. Por fin despertamos —a nuestras espaldas un transeúnte dijo en voz alta las siguientes palabras:

(A L G U I E N)

Es tarde ya y las tiendas están cerradas. ¿Por qué hay luz todavía en el taller del viejo joyero? Debía haber cerrado ya e irse a casa.

II. EL ESPOSO

(A N A Y E S T E B A N)

1.

A N A

Los acontecimientos de los últimos días me han trastornado.

No pude evitar la amargura al recordarlos.

Lo amargo es el sabor de la comida y la bebida, pero también es sabor interior —sabor del alma, que siente la decepción o el desengaño.

Este sabor penetra en todo lo que hacemos, decimos o pensamos; aparece incluso en nuestra sonrisa.

¿Es que realmente he experimentado una decepción y un desengaño?

¿No será el curso normal de las cosas determinado por la historia de dos personas?

De este modo trata de explicármelo Esteban, al que confesé en seguida la primera pena que en mí surgió.

Esteban me escuchaba, pero no noté que le impresionaran demasiado mis palabras. Por ello me sentí cada vez más dolida.

Ya no me quiere —debí pensar—,
puesto que no reacciona a mi tristeza.
No podía resignarme,
ni sabía tampoco cómo evitar
la aparición de la primera grieta
(sus bordes de momento se mantenían inmóviles,
pero a cada instante podían separarse
todavía más—
lo que no sentía en absoluto
es que se acercaran de nuevo el uno al otro).
Esteban de pronto dejó de estar dentro de mí.
¿También había dejado yo de estar dentro de él?
¿Era mera sensación
de que no estaba ya dentro de mí?
¡Qué extraña me sentía al principio
en lo hondo de mí misma!
Como si me hubiera ya desacostumbrado a las
paredes de mi interior—
tan llenas habían estado de Esteban,
que sin él me parecían vacías.
¿No es algo terrible
condenar las paredes del propio corazón
a poseer un solo morador,
que puede desheredarte
y quitarte en cierto modo tu lugar
dentro de ti misma?

En apariencia nada cambió.
Esteban se comportaba casi como de costumbre,

pero no sabía cicatrizar la herida,
que me quemaba el alma.
No la sentía, no le dolía en absoluto.
Tal vez no quería. ¿Cicatrizará por sí sola?
Pero si cicatriza por sí misma,
nos seguirá separando siempre.

Esteban parecía seguro
de que no debía curar nada.
Me dejó con la herida oculta,
pensando seguramente «ya se le pasará».
Confiaba tal vez en sus derechos;
yo, en cambio, deseaba que los conquistase
sin cesar.

No quería sentirme como objeto
que no se puede perder,
cuando se ha adquirido en propiedad.
¿Había en todo esto un algo de egoísmo?
—Probablemente no hice cuanto estaba en mi
mano

para justificar a Esteban ante mí misma.
¿Pero es que el amor ha de ser un compromiso?
¿No debería nacer continuamente de la lucha
por el amor de la otra persona?

Luché por el amor de Esteban,
dispuesta a retirarme en cualquier momento
si él no comprendía el sentido
de toda esta lucha.

¿Seré, al final, capaz de perdonar?

¿O la grieta más bien se agrandará?
Difícil de apreciar es la frontera
entre el egoísmo y el altruismo.
Soy madre. En el cuartito de al lado
cada noche se dormían nuestros hijos:
Marcos, el mayor, Mónica y Juan.
En la habitación de los niños reinaba el silencio
—por el alma de nuestros hijos no había
pasado aún
la grieta de nuestro amor,
que yo sentía ya de modo tan doloroso.

2.

UN INTERLOCUTOR CASUAL

Es la segunda vez que encuentro aquí a esta mujer.

Pasaba junto a la tienda del viejo orfebre.

Las contraventanas ya estaban cerradas
y la puerta asegurada con llave.

El joyero termina su trabajo a las siete
y se marcha.

Trabajando todo el día, quizá no se da cuenta
de que su profesión invade totalmente la vida
del hombre.

Hablé un día con él sobre este tema.

La puerta de la tienda estaba abierta, y el orfebre,
desde el umbral,

observaba a los transeúntes
con aparente indiferencia.

Un sol resplandeciente llenaba la calle de luz
tan cegadora,

que obligaba a cerrar los ojos.

Hombres y mujeres se ponían gafas de sol
para protegerse del resplandor.

A través de las gafas oscuras no se distingue

el color de las pupilas,
hundidas en la oscuridad como en un pozo.
Pero a través de esas gafas
se ve todo (aunque con cierta singular sombra),
sin necesidad de entornar los párpados.

Ahora la tienda del orfebre está cerrada.
Los rostros de los transeúntes quedan ocultos
en la penumbra del atardecer

A N A

He pasado por aquí muchas veces.
Era mi camino diario al salir del trabajo
(para ir a trabajar «echaba por el atajo»)
Anteriormente no me fijaba
en esta tienda.
Pero desde que fue un hecho
la ruptura de nuestro amor
miraba muchas veces las alianzas de oro
—símbolos del amor humano y de la «fidelidad
conyugal».
Recuerdo que hace mucho tiempo, cuando el amor
era algo indiscutible,
este símbolo me hablaba
como un cántico entonado
por todas las cuerdas del corazón.
Luego las cuerdas comenzaron a callar,
y ninguno de los dos supo encontrar el remedio.

Yo creía que la culpa era de Esteban—
no sabía encontrar culpa en mí misma.
La vida, cada vez más, se convertía
en la penosa existencia de dos seres
que dentro de sí cada vez ocupaban menos lugar.
Queda solamente la suma de las obligaciones,
suma convencional y variable,
cada vez más alejada
del puro sabor del entusiasmo.
Y que apenas si une ya.

Pensé entonces en las alianzas,
que seguimos llevando en el dedo
los dos: Esteban y yo.

Cierto día, al volver del trabajo,
y pasar junto a la tienda del joyero,
pensé que podría vender
a buen precio mi alianza.

(Esteban ni lo advertiría—
pues yo ya casi no existía para él.

Ni siquiera sabía si me engañaba,
porque yo tampoco me ocupaba ya de su vida.
Me era indiferente.

Al salir del trabajo se iba a jugar a las cartas,
y después de tomar unas copas volvía tarde
a casa,

sin pronunciar una palabra o todo lo más alguna
frase banal,
a la que yo contestaba de ordinario
con el silencio).

Así que esta vez decidí entrar en la tienda.
El orfebre examinó el anillo, lo sopesó
largo rato entre los dedos y me miró fijamente
a los ojos. Leyó despacio
la fecha de nuestra boda,
grabada en el interior de la alianza.
Volvió a mirarme a los ojos, puso el anillo
en la balanza...
y después dijo: «Esta alianza no pesa nada,
la balanza siempre indica cero
y no puedo obtener de aquélla
ni siquiera un miligramo.
Sin duda alguna su marido aún vive—
ninguna alianza, por separado,
pesa nada— sólo pesan las dos juntas.
Mi balanza de orfebre
tiene la particularidad
de que no pesa el metal,
sino toda la existencia del hombre y su destino».
Recogí el anillo llena de vergüenza
y sin decir palabra salí de la tienda
—pero creo que el orfebre me siguió con la
mirada.

Desde aquel día volvía a casa por otro camino.
Hasta hoy... pero la tienda estaba cerrada.

UN INTERLOCUTOR CASUAL

La mujer que encontré junto a la tienda del
orfebre
no estaba allí al acaso—
estoy completamente seguro.
Pienso, en cambio, que fue pura casualidad
el que trabase conversación con ella,
.y por eso sin duda
la mujer me abrió toda su vida.
Se lamentaba, al final, de que el viejo orfebre
no quisiese comprarle la alianza,
que ahora le parecía a ella perfectamente inútil.

Durante esta conversación me di cuenta
de dónde arranca y hasta dónde llega el amor
humano
y qué tajos tan abruptos tiene.
Quien resbala por una escarpa así
difícilmente puede volver a remontarla
y queda allá abajo caminando a solas
por su propio camino.

Muchas cosas me contó Ana a propósito de
Esteban,
como si yo tuviese que ser su juez y ejecutor del
veredicto.
Pero el orfebre no estaba,
y nadie había que pudiera confirmar las palabras
de Ana.

A N A

Quedé sorprendida
de haber entablado una conversación de este tipo
con un hombre completamente desconocido.

Le hablé de Esteban y de mí,
aprovechando que me escuchaba
y no me interrumpía.

En realidad se trataba de un monólogo,
perfectamente construido de antemano
en mi mente.

Fui exponiendo, uno tras otro, los cargos
contra Esteban.

Estaba segura de la verdad de mis juicios.
Pero le hablé también como mujer
herida en lo más íntimo de su amor,
de su amor roto y dolorido...

Aquel hombre me escuchaba pensativo.

No sabía su nombre.

Tampoco él me preguntó por el mío.

Sin embargo, en cierto momento
dijo: «Ana» (pronunció mi nombre),

«cómo te pareces a mí,
—tú y también Esteban,
los dos os parecéis a mí.

Mi nombre es Adán».

Quise pedirle su dirección
(tal vez, algún día, podría escribirle).

Luego anduvimos un poco por la calle.
¡Me sentía tan bien
acompañada de aquel hombre!
Me impresionó sobre todo su figura,
tan varonil y dueña de sí.
Tenía una expresión pensativa,
con cierta sombra de dolor
(¡qué diferente era de Esteban!).
Cuando volvimos al mismo punto,
Adán dijo de pronto:
Esta es la tienda del orfebre,
dentro de poco pasará por aquí el Esposo.

A D A N

Le dije a aquella mujer (Ana):
«Dentro de poco pasará por aquí el Esposo»—
y se lo dije pensando en el amor,
que tan apagado estaba en su alma.
El Esposo pasa por muchas calles
y se cruza con muchas personas.
Al pasar, pulsa el amor
que hay en ellas. Si el amor es malo,
sufre por ello. El amor es malo
también cuando falta.

Recuerdo que le dije también a aquella mujer:
¿Por qué quieres vender aquí tu alianza?

¿Qué pretendes destrozar con este gesto? —¿Tu vida?

¿Acaso no vendemos nuestra vida a cada instante?

¿Es que no rompemos la vida entera con cada uno de nuestros gestos?

¿Y qué es lo que conseguimos?

Lo importante no es marcharse y vagar durante días, meses, incluso años— lo importante es volver y encontrarse en el lugar antiguo.

La vida es una aventura, pero al mismo tiempo tiene su lógica y sus consecuencias—

¡No es lícito realmente dejar el pensamiento y la imaginación a solas!

¿Qué es, pues, lo que ha de acompañarlo? preguntó Ana—

El pensamiento —naturalmente— ha de ir con la verdad.

A N A

¿No es la verdad aquello que con más fuerza sentimos?

Nuestra conversación, a partir de este momento, derivó por derroteros inesperados.

Ignoraba hacia dónde podría conducirnos.

Era fruto de mi sensibilidad y de su inteligencia.

Por un momento Esteban se difuminó en mi conciencia,

pero aun así no me sentía capaz
de perdonarle el haber profanado mi imagen
dentro de sí,
mi ser, que en cierto modo debía estar en él
—soy, al fin y al cabo, su mujer...
Yo era a un mismo tiempo delicada
y apasionada—
y el amor ¿no es acaso problema de sentidos y de
atmósfera?
Ambos se combinan y hacen que dos personas
se muevan
en el círculo de sus afectos —y ésta es toda
la verdad.

Pero Adán no estaba totalmente de acuerdo
con esto.
Según él, el amor es la síntesis de la existencia
de dos personas,
que coincide en un cierto punto
y de dos seres hace una sola cosa.

Luego volvió a repetir
que por esta calle pasaría el Esposo
dentro de muy poco.
Esta noticia, al oírla por segunda vez,
no solamente me fascinó,
sino que de pronto despertó en mí una gran
nostalgia.
Nostalgia de un hombre perfecto,

de un hombre firme y bueno,
distinto de Esteban,
distinto, distinto—

Y con este sentimiento de súbita nostalgia
me sentí distinta y más joven.

Incluso comencé a correr,
observando atentamente a los hombres
que pasaban—

3.

El primero que encontré ni siquiera me miró. Andaba visiblemente ensimismado. Debía estar pensando en sus negocios. Podía tratarse, por ejemplo, del director de una empresa o del primer contable de un gran comercio. Sin volver siquiera la cabeza, dijo solamente «perdón».

I

Perdón.

(A N A)

No traté de retenerle, pero estaba decidida a llamar su atención. No sé cómo ocurrió, pero estaba ahora decidida a llamar la atención de todos los hombres. Quizá era sólo un simple reflejo de la nostalgia, pero llegué a la conclusión de que nadie podía privarme de aquel derecho.

(A D A N)

Esto es precisamente lo que me obliga a meditar sobre el amor humano. Nada hay que permanezca tanto en la superficie de la vida humana como el amor, ni nada que sea más desconocido y misterioso. La diferencia entre lo que hay en la superficie y lo que está escondido en el amor origina precisamente el drama. Es éste uno de los mayores dramas de la existencia humana. La superficie del amor posee su propia corriente, una corriente rápida, centelleante, variable. Un calidoscopio de olas y situaciones llenas de encanto. Esta corriente se vuelve a veces tan vertiginosa que arrastra con ella a las personas, hombres y mujeres. Los que se dejan arrastrar, se imaginan haber captado todo el misterio del amor, cuando en realidad no lo han rozado siquiera. Por un momento son felices, porque creen haber alcanzado los límites de la existencia y haberle arrancado todos sus secretos, como si ya nada quedase. Así es: al otro lado de esta exaltación ya no queda nada, al otro lado sólo está la nada. Pero no puede ser, ¡no es posible que no quede nada! ¡Escuchadme, no puede ser! El hombre es un *continuum*, una totalidad y continuidad. ¡Y no puede reducirse a la nada!

(A N A)

El segundo transeúnte que encontré reaccionó de distinta manera. Cuando le miré a la cara, advirtió mi mirada y se paró. Sin dejar de mirarme se acercó un poco y dijo: Creo haberla visto en otra ocasión...

II

...Creo haberla visto en otra ocasión...

(A N A)

Estaba casi decidida a cogirme de su brazo. La tarde era tan cálida y se filtraban tantas luces a través del óxido rojizo de las hojas de octubre. A decir verdad, cuando anochece, el óxido no se distingue apenas. ¡Pero yo deseaba tanto el brazo de un hombre; deseaba tan ardientemente pasear con él por la avenida de los castaños otoñales! El añadió: Podríamos entrar en aquel local... un poco de música ligera no nos vendría mal...

II

...podríamos entrar en aquel local... un poco de música ligera no nos vendría mal...

¿Y después? —pero él no contestó. Yo, en cambio, quedé como asustada de aquel «después». Seguramente tiene una esposa, de la que ahora no habla. De pronto comprendí qué es lo que puede esconderse tras la expresión «mujer pública». Y algo me obligó a no cogerme de su brazo. El no insistió demasiado. Entonces comprendí aún mejor lo que puede esconderse tras la expresión «mujer pública».

No sé cuantos pasos di ni en qué dirección. Creo que anduve a lo largo de las avenidas que circundan la ciudad vieja, camino de aquella iglesia en cuyas hornacinas están las imágenes de los santos. En la última hornacina —recuerdo— hay un crucifijo, ante el cual de noche cuelga una lamparilla encendida. Me parece que distingo todavía su resplandor matizado por los policromos cristales del reverbero.

Seguí andando sin dejar de pensar siempre en lo mismo, caminando en cierto modo al encuentro de cualquier hombre. Uno de ellos pasó tan deprisa y tan cerca de mí, que golpeó con el canto de su cartera las varillas del paraguas que yo llevaba colgado del brazo derecho. Otro se quitó un momento el sombrero, mirándome fijamente a la cara y volvió a ponérselo en seguida: oí que murmuraba algo así como «no, no la conozco» —y siguió andando.

III

...no, no la conozco...

(A N A)

Ahora voy por el borde de la acera. Por el bordillo. Voy siguiéndolo, como hacía cuando era niña. Sabía entonces correr a lo largo del bordillo sin que mi pie resbalara nunca a la calzada. Era el juego preferido de mis compañeras. A menudo discutíamos: «Yo he recorrido toda la calle Chlodna y la de Prus y sólo me he caído una vez», «yo, en cambio, ni una sola vez; a ver cuál de las dos es mejor...»

Ahora de nuevo ando siguiendo al bordillo, pero no corro. Tengo los ojos secos, pero sé que no brillan. Se acerca un coche, un modelo elegante. La ventanilla entreabierta, un hombre al volante. Me paro.

* * *

(A D A N)

El amor no es una aventura. Posee el sabor de toda la persona. Tiene su peso específico. Y el peso de todo su destino. No puede durar sólo un instante. La eternidad del hombre lo compenetra. Por esto se le

encuentra en las dimensiones de Dios. Porque sólo El es la eternidad.

El hombre asomado al tiempo. Olvidar, olvidar. Existir sólo un instante, sólo ahora —y separarse de la eternidad. Tomar cada cosa en un instante y perderla inmediatamente. Oh, la maldición del instante inmediato y de todos los siguientes, en los que estarás buscando el camino que conduce al instante transcurrido, para poseerlo de nuevo y con él poseerlo «todo».

* * *

(A N A)

Me detuve y fijé la mirada en el coche, en el cristal, en el hombre. Recuerdo que Esteban me decía: «Querida, un día compraré un coche y podremos volar hacia lo desconocido, hermosos, elegantes». El hombre me miró. Me acerqué. Bajó más el cristal de la ventanilla. Tenía una voz grave y cálida cuando dijo: ¿...me permite, señora?

IV

¿...me permite, señora...?

(A N A)

Me indicaba el asiento de al lado. Un instante más y pondría el motor en marcha. Habríamos partido. Correríamos hacia lo desconocido. Unas manos masculinas al volante. Podré apoyarme ligeramente en este brazo que va desenrollando la cinta del camino. Más tarde, las luces de lo alto... Volveré a ser alguien. Él repitió aquellas palabras.

IV

¿...me permite, señora...?

(A N A)

Sí, lo deseo, lo deseo muchísimo. Puse la mano sobre la manecilla de la puerta. No tenía más que presionarla. De pronto sentí sobre mi mano una mano masculina. Alcé los ojos. A mi lado estaba de nuevo Adán. Veía su rostro, que parecía cansado; denotaba emoción. Adán me miraba fijamente a los ojos. Permanecía callado. Seguía con su mano sobre la mía. En cierto momento dijo «no».

(A D A N)

No.

(A N A)

Sentí cómo el coche se ponía en marcha. A los pocos segundos había desaparecido. Adán soltó mi mano. Dije algo así: es extraño que hayas vuelto, yo creía que te habías ido para siempre. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

(A D A N)

He vuelto para indicarte la calle. Es extraña. Es extraña no por el hecho de estar llena de tiendas, de luces de neón y de arquitectura, sino —por la gente. Mira, por el otro lado de la calle pasan unas jóvenes. Van riendo y hablando en voz alta. Seguro que no sabes a dónde se dirigen—

Se les han apagado las lámparas y van a comprar aceite. Echarán aceite en las lámparas y éstas volverán a lucir.

(A N A)

Ah, sí...

(A D A N)

Son las vírgenes prudentes. Cuenta cuántas hay. Tendrían que ser cinco. Ya han pasado. Te habrá ex-

trañado que no lleven largas vestiduras orientales. Van vestidas según el clima y las costumbres de nuestro país. Pero sostienen en sus manos unas lámparas y la gente se pregunta asombrada a dónde las llevan. Tal vez no se asombra tanto; hasta tal punto se ha perdido hoy la capacidad de asombro.

Y ahora mira hacia allá. Son las vírgenes necias. Duermen y las lámparas están a su lado, apoyadas en la pared. Una incluso ha rodado por la acera y ha caído fuera del bordillo.

Te parecerá tal vez que están durmiendo en estas hornacinas, pero en realidad también ellas caminan por la calle. Caminan como aletargadas —las invade una especie de espacio adormecido. Tú también sientes dentro de ti este espacio, porque también tú ibas a quedarte dormida. He venido a despertarte. Creo que he llegado a tiempo.

(A N A)

¿Por qué me has despertado? ¿Por qué?

(A D A N)

He venido a despertarte, porque por esta calle tiene que pasar el Esposo. Las vírgenes prudentes quieren salir a su encuentro con luces, las necias se han dormido y han perdido las lámparas. Te aseguro que no

despertarán a tiempo y que incluso si se despiertan, no conseguirán encontrar ni encender las lámparas.

(A N A)

Es verdad, las lámparas han rodado hasta la calle, y el hombre, cuando se despierta sobresaltado, durante un instante sigue cargado de sueño. El Esposo pasará deprisa. Seguro que es un hombre joven y no esperará.

(A D A N)

A decir verdad El siempre espera. Vive siempre esperando. Sólo que —como ves— está como al otro lado de todos esos amores, sin los que el hombre no puede vivir. Como tú, por ejemplo. No puedes vivir sin amor. He observado desde lejos cómo andabas por esta calle y procurabas despertar el interés de los hombres. Casi me parecía oír tu alma. Llamabas desesperadamente al amor, que no tienes. Buscabas a alguien que te cogiera de la mano y te atrajera hacia sí...

¡Oh, Ana, tengo que convencerte de que al otro lado de todos estos amores nuestros, que nos llenan de vida —está el Amor! ¡El Esposo pasa por esta calle y por todas las demás! ¡Cómo podría demostrarte que eres tú la esposa? Sería menester perforar un estrato

de tu alma, como se perfora la capa de maleza y el suelo para encontrar una fuente en la espesura del bosque. Entonces le oirías exclamar: amada mía, no sabes cuánto me perteneces, hasta qué punto perteneces a mi amor y a mi sufrimiento —porque amar significa dar la vida con la muerte, amar significa brotar como una fuente de agua viva en lo más hondo del alma, que convertida en llama o ascua no puede extinguirse jamás. ¡Oh, la llama y la fuente! No sientes la fuente, pero la llama te consume. ¿Verdad?

(A N A)

No lo sé. Solamente sé que has hablado a mi alma. No temas. Va unida al cuerpo. Sin el cuerpo no es posible aprehenderla ni poseerla. Yo soy una virgen necia. Una de las vírgenes necias. ¿Por qué me has despertado?

(A D A N)

El Esposo está a punto de llegar. Es su hora. Mira —acaban de pasar las vírgenes prudentes con sus lámparas recién encendidas. Su luz es clara, porque han limpiado los cristales de las lámparas. Caminan alegremente, como con pasos de baile.

(A N A)

He vuelto a ver a esas jóvenes. Sus rostros no denotaban un recogimiento especial. ¿Son realmente puras y nobles, o es sólo que la vida las ha tratado mejor que a mí?

¡Oh, necia, necia mujer, despertada sólo para seguir durmiendo!

Seguí mirando. Un Hombre avanzaba, vestido con un abrigo ligero, sin sombrero. Al principio no pude distinguir su rostro, porque caminaba pensativo, con la cabeza baja. Instintivamente comencé a dirigirme hacia él. Pero cuando levantó la cabeza, poco faltó para que yo diera un grito. Me pareció ver claramente el rostro de Esteban. Retrocedí al punto adonde estaba Adán. Le cogí la mano con fuerza. Adán me dijo:

(A D A N)

Sé por qué has retrocedido. No has soportado la vista de ese rostro.

(A N A)

He visto el rostro que aborrezco, y he visto también el rostro que debería amar. ¿Por qué me sometes a tal prueba?

(A D A N)

En el rostro del Esposo cada uno de nosotros descubre el parecido de los rostros de aquellos seres con los que el amor nos ha unido de este lado de la vida y de la existencia. Todos están en Él.

(A N A)

Tengo miedo.

(A D A N)

Tienes miedo del amor. ¿Realmente le temes al amor?

(A N A)

Sí, lo temo. ¿Por qué me atormentas de este modo? Ese hombre tenía el rostro de Esteban. Me da miedo este rostro.

4.

(C O R O . E S T E B A N)

1. Una pausa en las luces y en las palabras,
pero el pensamiento y el drama siguen.
Los personajes son los mismos.
El destino los separa,
él es la causa de que cambien
y no formen unidad.
2. Las lámparas lucen tenues sobre la acera
—¿ya no les queda aceite?
No se alimenta de aceite la llama,
sino del agua de lluvia—
llueve, se mojan las aceras y la calzada.
3. ¡Vírgenes necias, oh vírgenes necias,
nadie puede encender fuego con agua!
(los pies del hombre se protegen
de la humedad
con el calzado).
4. Que se alejen las ilusiones y la ficción:
nadie ha pasado, nadie se ha llevado la luz.

Todo ha quedado como antes.
La lluvia alimenta el verdor
—los árboles aún no se han oxidado.
La lluvia ha bañado el cabello de Ana
y el brazo de Esteban
y el abrigo—

5. Así fue. Nadie le ordena que vuelva.
El cabello bañado por la lluvia, porque es
primavera u otoño.
¡No llores!
No eres libre, ni eres otro
—sólo la lluvia cae oblicua.

6. La torcida bebe el aceite,
el agua bebe la llama,
pero la piedra no bebe el agua
—no bebe— no bebe—,
pero el agua ha bebido la llama
y las lámparas se han apagado.

7. Dos lámparas apagadas.
Una no ha dado llama a la otra.
Una no ha dado aceite a la otra.
No le ha dado pabilo.

No le ha dado pabilo,
no ha dado
—dos lámparas— y la lluvia.

8. Anochece y Él ha traído la luz.
La ha traído y la ha cedido.
Quiso hacerse tú y yo,
él y ella.
Pero ha pasado.
¿Quién sabe qué hora es ahora?
9. Soy yo. Soy yo. El brazo de Esteban es débil
y los cabellos de Ana están secos.
Y los ojos...

5.

A N A

Cuando desperté de mis visiones y reflexiones,
aún seguía en el mismo lugar.

La tienda del orfebre continuaba cerrada.

Recuerdo la expresión de sus ojos,
que independientemente de sus palabras,
me ordenaban:

jamás te será permitido estar por debajo
de lo que mi vista alcanza,
no te está permitido decaer, puesto que son mis
balanzas
las que han de indicar el peso de tu vida.

Cuando más tarde corrí, llena de íntima esperanza,
al encuentro del Esposo que de pronto

se me había anunciado,
descubrí el rostro de Esteban.

¿El había de tener aquel rostro para mí?

¿Por qué? ¿Por qué?

III. LOS HIJOS

(MONICA Y CRISTOBAL)

1.

T E R E S A

El día en que Cristóbal me habló de Mónica, volví a casa más despacio que de costumbre, dando un rodeo, como si buscara adrede calles nuevas.

Deseaba reflexionar sobre las palabras de mi hijo y encontrarles en mí el clima del corazón.

Sabía de ella desde hacía tiempo. Era una de las compañeras de estudios de Cristóbal.

También sabía que Cristóbal se interesaba por ella. La había visto en varias ocasiones —era una criatura tímida y delicada. Me daba la impresión de un ser encerrado en sí mismo, cuyo valor real se inclina con tal fuerza hacia su propio interior, que no llega hasta los demás. ¿Es éste un valor auténtico?

Pensaba en Mónica, mientras vagaba por calles desconocidas,
pero siempre tenía presente a Cristóbal.

Pensar en él
se había convertido para mí en algo tan íntimo como mi propia existencia.
Había abierto tantos senderos en mi conciencia, que por doquiera se iniciara el pensamiento, debía toparme con alguno de ellos.

En este instante estoy (tal vez) frente a la tienda del orfebre.

Me ha parecido de pronto ver como un espejo, aquel espejo en el que se reflejaron,
en otro tiempo,

los destinos de Andrés y los míos.

Habíamos pasado largo rato en el umbral.

Era un atardecer de octubre.

Las alianzas estaban en el escaparate,
frente a nosotros.

Luego las vimos en los dedos de nuestras manos.

En aquel espejo estaba nuestro próximo futuro.

Gente amiga traspasaba la pared de aquella visión, oíamos sus conversaciones —y más aún:

sus pensamientos.

Andrés y yo, con la ayuda de las dos alianzas de oro

nos convertimos en uno solo—

Hasta aquí leemos en el espejo,
mas allá todo es incógnita.

No había nacido todavía Cristóbal.

El destino futuro de Andrés, la historia de nuestra unión,

todo lo que entonces desconocíamos, se hizo carne en nuestro hijo.

Cuando Cristóbal cumplió dos años, Andrés se marchó al frente.

Antes de que la puerta se cerrara tras él, cogió al niño y lo estrechó largamente entre sus brazos.

Fue la última vez que le vio —y Cristóbal no conoce a su padre.

Nuestra unión ha quedado en este hijo, nada más. Cristóbal ha ido creciendo.

Andrés no ha muerto en mí, no cayó en ninguna guerra,

no tenía que volver siquiera, porque de algún modo está presente.

No tienes idea, esposo mío, de lo terrible que es el miedo,

que linda con la esperanza y cada día irrumpe en ella.

No hay esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza.

Cristóbal fue creciendo —y yo cada vez te veía más en él.

Así no me salía del círculo de tu maravillosa persona,

a la que me había entregado y de la que ya no me sé desprender.

Tú ni siquiera vienes, ni te molestas en hacerlo.
Al otro lado del espejo el orfebre escogía
 las alianzas.
Al otro lado del espejo se quebró nuestro destino
—pero la unión ha perdurado.

Cristóbal, Cristóbal me hablaba hoy de Mónica,
una joven desconocida y tímida—
como tú hace tiempo dijiste a su madre «Teresa».
La palabra ha sido pronunciada.

He vuelto a pararme frente a la tienda del
 orfebre,
y he leído la continuación de nuestra
 extraordinaria historia.

Aquel anciano tenía en sus ojos el nivel
 de nuestra nueva existencia.

Los corazones eran la plomada.

(La plomada coincidía con el nivel).

Luego los he visto juntos —salían radiantes.

Mónica en su sonrisa delataba una discreta
 transformación:

Cristóbal la comprendía,

sus pensamientos se compenetraban.

(Por un momento sentí como si yo fuera Mónica
a la que tú volvías a encontrar).

Podían pasar junto a mí sin darse cuenta
 siquiera—

pero toda su conversación gravitaba
 en torno a mí.

2.

(CONVERSACION
DE CRISTOBAL Y MONICA)

C R I S T O B A L

Soy hijo de mi madre y en ti también la
descubro.

No he conocido a mi padre —y no sé, por tanto,
cómo debe ser un hombre.

Comienzo de nuevo la vida. No tengo modelos
a mano.

Mi padre quedó en mi madre, cuando murió
en algún lugar del frente,

y ya no me volvió a ver, ni lo he tenido conmigo
a diario.

Mi madre ha inculcado en mí la idea de mi padre
—así he crecido,

pensando más a menudo de lo que imaginas
en su destino de mujer,

en su soledad llena del hombre ausente,
al que yo represento—

Pero no deseo para ti este destino. Deseo
la presencia,

y esta mutua compenetración, como ahora.

¿Te pareces tanto a mi madre, que he de alejarme
de ella
para volver a encontrarla en ti? Es una vida
totalmente nueva,
y las personas son nuevas también:
te doy gracias, Mónica, por esto,
por haberme obligado a considerar mi propia
existencia
como un conjunto sorprendente,
que se ha evidenciado
y ha tomado cuerpo porque tú te hallabas
a mi lado.

M O N I C A

Siento miedo de mí misma y temo también por ti.
Hace mucho sentía miedo de ti, temiendo también
por mí.

Tu padre se fue y cayó en el frente, pero la
unión ha perdurado
—tú has sido su protector, el amor ha pasado a
través de ti.

Mis padres viven como dos extraños,
no existe aquella unidad en la que todos soñamos
cuando se quiere aceptar una vida compartida,
cuando deseamos darla.

¿No será todo una equivocación, querido,
no pasará?

¿Te alejarás algún día, como mi padre,

que es un extraño en su propia casa? ¿Me iré yo
como mi madre,
que también se ha vuelto otra extraña? ¿Puede
el amor humano
perdurar a lo largo de toda la vida?
Lo que ahora me invade es sentimiento de amor,
—pero me invade también una cierta aprensión
del futuro,
y es el miedo.

Lo sé —lo has recibido de mí (fue el principio
del amor),
tomaste en tus manos aquel otro par de manos
ateridas de frío, y a punto de congelarse,
—eran mis manos— ¿recuerdas, Cristóbal?
Estábamos esquiando junto a aquel bosque,
anochecía rápidamente y nos habíamos extraviado.
Además, sentía miedo de ti,
sobre todo de tu fuerza, que podía apoderarse
de mí,
y luego podía abandonarme... (era la aprensión
del futuro).
Ahora tengo más bien miedo a mí misma,
y creo en ti.
Me decías que tu padre se había ido y no había
vuelto,
sin embargo, él sigue aquí, Cristóbal
—no como mi padre
—no como mi madre. Por esto cierto día pensé

que tú también te quedarías, aunque te fueras
como tu padre—
y a partir de aquel momento todo cambió.
Comencé a temer por ti.

C R I S T O B A L

Hemos de aceptar que el amor se entrelaza
con el destino.
Si el destino no divide el amor, alcanzarán
los hombres la victoria.
Nada hay fuera de esto —nada hay por encima.
He aquí los límites del hombre.

Más de una vez me he despertado de noche
—y al punto mi conciencia
estaba junto a ti. Te he preguntado si podía
tomar tus manos heladas y calentarlas
entre las mías:
—y aparecerá una unión, visión de nueva
existencia,
que nos enlazará a los dos. ¿No se desvanecerá
más tarde?
Así luchaba horas enteras,
sin poder conciliar el sueño hasta la madrugada
con una especie de tentación de huida
—pero ya no puedo más.
Desde hoy hemos de ir juntos, Mónica, juntos,
aunque tenga que dejarte tan pronto
como mi padre dejó a mi madre.

Hay que abandonar todo aquello y crear el propio destino desde un principio.

El amor es un continuo desafío que nos lanza Dios, y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos también el destino.

M O N I C A

Desde ahora hemos de ir juntos, Cristóbal, juntos, aunque un día llegara a ser una extraña para ti, como mi madre lo es para mi padre.

Por esto, durante mucho tiempo, he tenido miedo del amor. Hoy, temo todavía por el amor, por este desafío del hombre.

Tomas una muchacha difícil, demasiado sensible, que se encierra fácilmente en sí misma y rompe con dificultad el círculo en el que su propio «yo» la recluye sin cesar.

Tomas una persona que absorbe quizá más de lo que tú eres capaz de darle, y da, a cambio, con excesiva parquedad. Mi madre me lo ha reprochado a menudo —y, ciertamente, es así.

Ahora incluso lo veo con mayor claridad y precisión de como ella parecía verlo.

CRISTOBAL

No puedo pasar más allá de ti misma. No se ama
a una persona

porque tenga «buen carácter». A decir verdad,
¿por qué se ama?

¿Por qué te amo, Mónica? No me obligues
a contestar.

No sabría responderte. El amor trasciende
su propio objeto,

o bien se acerca tanto a él, que casi lo pierde
de vista.

Entonces el hombre tiene que pensar de otra
manera,

debe despojarse de las frías razones

—y en este su «ardiente pensar» una cuestión
adquiere

la máxima importancia: ¿crea algo?

Pero esto ni siquiera lo sabe, tan cerca está del
objeto.

Importante será lo que quede cuando la onda
de las emociones decrezca.

Todo esto es cierto, Mónica. ¿Y sabes qué me
hace más dichoso?

Que, a pesar de todo, poseemos tanta verdad
que descubrimos más libremente

en el torbellino de la exaltación las humildes cosas
de siempre.

3.

T E R E S A

Aquella tarde, Andrés, debí comprender claramente
hasta qué punto pesamos todos nosotros
sobre el destino de los hijos.

He aquí la herencia de Mónica: la grieta
de aquel amor

ha penetrado en ella tan hondamente,
que su mismo amor

parte también de una ruptura. Cristóbal trata
de curarla.

En él ha perdurado tu amor por mí, pero también
tu ausencia

—el miedo de amar a un ausente.

Pero no es nuestra la culpa.

Nos hemos convertido para ellos en el umbral
que cruzan con esfuerzo,

para hallarse en nuevas moradas

—las moradas de sus propias almas.

Todo va bien, aunque tropiecen— —

Vivimos en ellos hace ya tiempo.

Cuando crecen ante nuestro ojos, se vuelven casi
inaccesibles,
como tierra impermeable, pero ya se han llenado
de nosotros.
Y aunque se cierren por fuera,
seguimos en su interior
y —asusta el pensarlo— su vida en cierto modo
repite
lo que ha sido nuestra creación, lo que ha sido
nuestro sufrimiento,
(cómo hablar de otra manera del amor de antaño).

Este es el lugar en el que un día estuvimos,
como ellos
hoy. Contemplábamos el escaparate de aquella
extraña tienda.

Ciertas verdades no pasan; vuelven a los hombres
sin cesar.

La verdad que hace años se revistió de nuestras
vidas,
hoy se ha revestido de la suya— —

Debo acercarme a ellos y decirles:
buenas tardes, Mónica; buenas tardes, Cristóbal
(recuerdo aquella vez, Andrés, que te paraste
aquí, junto a mí,
con tanta discreción: primero vi tu rostro
en el cristal,

sólo después advertí tu presencia).
Andrés, nada ha pasado—
Me acercaré a ellos y les diré:
hijos míos, nada ha pasado, el hombre ha de
volver
al lugar en que vio la luz su existencia—
¡y desea tanto que ésta nazca del amor!

Y sé que también el anciano orfebre, veintisiete
años más viejo
esta noche, os contemplaba hoy con la misma
mirada,
como si explorara vuestros corazones,
y con aquellas alianzas definía
el nuevo nivel de vuestra existencia...
Acaso en ellas se desmenuza la vida del anciano
orfebre,
llenándose con la vida de los hombres,
con la vida de tantos y tantos hombres.
Andrés se llevó su alianza y murió con ella;
yo sigo llevándola.—

C R I S T O B A L

Cuando recogimos las alianzas, sentí
que te temblaba la mano...
Nos olvidamos de mirar el rostro de aquel anciano
de quien mi madre me hablaba:
al parecer sus ojos expresan muchas cosas.

No es culpa nuestra si nada supimos leer
en su mirada —además, habló poco y nada nuevo
dijo.

Así que no te extrañe, madre, que quedaran
sin eco sus palabras

(eran cosas sabidas —no advertimos en ellas
importancia alguna),

y el temblor de la mano de Mónica me dijo
mucho más.

Me sentía totalmente preso de su emoción,
indirectamente

sacudido por su conmoción, pues me cogió
de lleno

—nos descubrimos mutuamente en lo más hondo
de esta experiencia:

creo que la amo mucho.

M O N I C A

Vivíamos intensamente el momento, no podíamos
distraernos...

Nada hizo por fascinarnos...

Sencillamente, nos tomó la medida, primero de los
dedos,

después de las alianzas,
como un artesano cualquiera.

Ni siquiera había en ello arte alguno.

Nada hizo por acercarse a nosotros. Toda
la belleza quedó

en nuestro propio sentimiento. Ni dilató
ni estrechó nada
... yo estaba absorta en mi amor
—y en nada más.

T E R E S A

Esto me asustó... ¿Acaso el anciano orfebre
no actúa ya con la fuerza de su mirada
y de su palabra?
¿Acaso son ellos incapaces de captar el poder
oculto en Su mirada y en Sus palabras? ¿Serán
distintos?

Les dije «buenas tardes» y, acto seguido,
la conversación
pasó al tema de la boda. Mónica mencionó
en seguida
a sus padres. ¿Estaban ausentes de su espíritu?
El amor de Mónica se había formado sin ellos,
e incluso
a pesar de ellos —así pensaba. Pero yo sé
que ha nacido también de la raíz
que sus padres han dejado en ella.—
Mónica no se avergonzaba de aquella rotura
que se iba curando
en sus almas, pero que en ella todavía resonaba.
¿Qué estáis construyendo,
hijos míos? ¿Qué cohesión

tendrán vuestros sentimientos sin el contenido
de las palabras del anciano orfebre,
por las que pasa la plomada
de todos los matrimonios del mundo?

M O N I C A

Pienso en mis padres, pienso en mis padres
—pues trato de imaginarme, Cristóbal,
el día de nuestra boda —a menudo hago esta
clase de ensayos.

Deben de ser algo parecido a un ensayo teatral:
el teatro de mi fantasía y el teatro de mi mente.
Mi padre representará el papel de padre y marido,
mi madre aceptará este papel y a él ajustará
el suyo.

Para mí sus rostros serán una tortura...

¡Ah, cuándo comenzaremos a vivir
por fin nuestra propia vida! ¡Cuándo por fin
comenzaré a creer
que no eres como mi padre! ¡Cuándo serás sólo
Cristóbal,
libre de aquellos recuerdos! Deseo tanto ser tuya,
y me lo impide siempre el ser yo misma.

C R I S T O B A L

Madre querida, es extraña la historia
de nuestro amor

por Mónica— a la que he tenido que conquistar
tal cual es,
y también por sus padres (que no me aprecian
demasiado,
aunque ahora todo parece ir algo mejor...).

He intentado con ella imaginarme
su participación en nuestra boda:
las cosas no son como crees y serán distintas—
todo hombre posee su propia intimidad,
no sólo máscara para el rostro.

¿Qué sabes tú sobre lo más íntimo de tu madre y
de tu padre Esteban?

Cuando llegue el día de nuestra boda,
dejarás su casa—

Hace años, de pequeña, te llevaban cogida de la
manita,
y antes aún, cuando ibas en pañales,
tu padre al volver del trabajo
preguntaba a Ana, tu madre:
si habías aumentado de peso, Mónica, y si tenías
apetito,
y se alegraba con cada nuevo gramo de tu
cuerpecillo,
se alegraba con tu sueño y con tu parloteo
—y él mismo se volvía niño.

Todo ello no puede haber pasado
sin dejar alguna huella.

Así, cuando llegue el día de nuestra boda,

vendré y te sacaré de tu casa,
transformada en persona madura para el dolor,
para el nuevo dolor del amor,
para el dolor de un nuevo parto,
y todos nos sentiremos inmensamente gozosos
y todos alcanzaremos el límite de lo que,
en el lenguaje de los hombres, se llama tal vez
«felicidad».

T E R E S A

Cristóbal, mi hijo, es bueno con Mónica,
como si quisiera ocupar el lugar de su padre,
al que nunca ha conocido
y al que cree simplemente haber perdido—
(¡Qué extraño proceso, Mónica: cuando se aleja
de nosotros una persona
viva, se aparta porque no la retenemos—
—pero hay un proceso todavía más extraño:
cuando con la intuición
creamos en nosotros lo que no existe.
De este modo Cristóbal te ha creado a ti, Andrés,
y desea también crear en Mónica
a sus progenitores: Esteban y Ana).

4.

T E R E S A

Cuando llegó el día de la boda, sus padres
estuvieron presentes
y Mónica estaba entre ellos, vestida de blanco.
Y Cristóbal iba a mi lado, Adán hacía las veces
de padre.

Adán fue la última persona que vio a Andrés.
Pertenece a la misma compañía. Al volver
del frente
vino en seguida a visitarme y me repitió muchas
de sus palabras.

Tal vez guardó en su corazón algo
de los grandes amores de Andrés,
porque amaba mucho a Cristóbal, quien le
correspondía de corazón.

A menudo los encontraba en casa, discutiendo
animadamente.

Adán no escatimaba tiempo para hacerle de padre
al chico.

A veces me sentía algo incómoda imaginando

que tal vez pensaba en mí
y que algún día me pediría en matrimonio.
Pero en cierta ocasión dijo:
«Yo existo quizás para asumir el destino futuro
de cada hombre,
porque el destino precedente ha comenzado
en mí».

No comprendí del todo aquellas palabras, sólo sé
que desde aquel momento quedé plenamente
tranquila— —

Había llegado el momento de la fiesta, y Mónica
estaba preciosa,
Cristóbal levemente pálido. Avanzaron despacio,
cara a cara.

Luego Cristóbal la cogió del brazo
y comenzaron a andar delante de todos.
La tienda del orfebre quedó a nuestras espaldas,
hacia la derecha.

Los novios intercambiaron de nuevo las alianzas—
y se alejaron cogidos de la mano.
Nosotros nos quedamos atrás...

Recuerdo —el escaparate de aquella tienda,
en otro tiempo,
se había convertido en un extraño espejo
y absorbía nuestro futuro, hasta el momento
en que
comenzó el misterio. ¿El misterio o la incógnita?

A nosotros nos bastó aquello. El amor fue más fuerte que el miedo.

Ellos, en cambio, siguieron sin detenerse. No miraron su imagen reflejada en el espejo de aquel extraño cristal, no exploraron su futuro.

¿Comenzará en seguida para ellos el misterio y la incógnita?

Cristóbal al caminar le estrechaba fuertemente el brazo. Quería transformar el recuerdo de los padres.

Ellos se quedaron aquí, yo con Adán. ¿Me sería dado conocer la intuición de mi Cristóbal?

5.

A N A

Nunca creí encontrarte en este lugar, Adán.
Incluso ahora este nombre suena un tanto extraño
en mis labios.

Recuerda: aquel día comenzaste a hablarme
de pronto,

precisamente aquí—

me dijiste: por esta calle pasará el Esposo...

Esperé medio llorando entre las jóvenes que se
habían dormido,

mientras las otras llevaban las lámparas e iban
al encuentro del Esposo.

Me fui con ellas. Cuando llegó, le miré de cerca
a la cara.

Era el rostro de Esteban. Quise huir a toda prisa.

¿Crees acaso que he conseguido aceptarlo?

El sentido de la desproporción sigue actuando
en mí.

No podía, no puedo unir estos dos rostros,
no puedo identificarlos.

El antiguo amor juvenil por aquel hombre
se ha secado,

como la fuente que no puede de nuevo
manar de la tierra.

Pero he procurado creer en él y en un cierto
orden,
en una cierta armonía del mundo, de mi vida
también.

Además, ya no le desprecio, he dejado
de alimentar el desconsuelo,
el terrible desconsuelo de la vida, que él
me ha echado a perder.

He comenzado a buscar la culpa también
en mí misma. La había.

Ya no interrumpo sus conversaciones. Ya no me
callo para humillarle.

Tal vez ha cambiado —no lo sé. Pero se ha
vuelto menos irritable.

A él también le es más fácil ahora soportar
mi presencia.

Ya no nos alejamos el uno del otro a la velocidad
de antes.

Ahora parece como si todo se hubiera detenido.
¿Vivimos el uno del otro? Creo que no.

Más bien vivimos de los hijos.

Mónica es la más difícil, ha sufrido la que más
nuestra obra destructora.

Ahora se aparta de nuestro lado: pienso que
demasiado pronto

—y se lleva consigo la convicción de la culpa

de sus propios padres,
(creo que no es justa con nosotros).
Que el Esposo debía tener el rostro de Esteban—
lo comprendo ahora.
Pero he quedado como una virgen necia,
a la que faltó el aceite—
y la lámpara brilla débilmente, consumiendo casi
cada una de las fibras de mi alma.

A D A N

Volví a ver a Ana aquella tarde. Después de tantos años aún seguía vivo en ella el encuentro con el Esposo. Ana ha entrado en el camino del amor que perfecciona. Había que perfeccionar dando y recibiendo en proporción diferente a la de antes. La crisis tuvo lugar aquel anochecer, hace ya tantos años. Entonces todo amenazaba destrucción. Sólo podía comenzar el nuevo amor a raíz del encuentro con el Esposo. Al principio lo único que Ana sintió por El fue sufrimiento. Con el paso del tiempo vino gradualmente la quietud. Lo nuevo que iba creciendo era difícil de asir, y sobre todo no tenía «sabor» alguno de amor. Quizá algún día aprenderán los dos a saborear lo nuevo... De todos modos, Ana está más cerca de ello que Esteban.

El motivo hay que buscarlo en el pasado. Casi siempre el error se encuentra allí. Es el amor que, despojado de dimensiones absolutas, arrebató a los

hombres como si fuera el absoluto. Se dejan llevar de la ilusión y no tratan de fundar su amor en el Amor, que sí posee la dimensión absoluta. Ni siquiera sospechan esta exigencia, porque les ciega no tanto la fuerza del sentimiento —cuanto la falta de humildad. Es la falta de humildad ante lo que el amor debe ser en su verdadera esencia. Cuanto más conscientes son de ello, tanto menor es el peligro. En caso contrario, el peligro es grande: el amor entonces no soporta el peso de la vida.

¡Ah, qué pena sentí por Ana aquella tarde, hace tantos años, qué pena me dio Esteban! Tenían ya tres hijos que comenzaban a ser mayores (Mónica lo sintió todo con mayor intensidad). Diéronme entonces una pena enorme— mucho más que Andrés, cuando al despedirse de mí en el frente, antes de ir a ocupar su puesto, me dijo: «No volveré». No pude hacer otra cosa que traer la noticia a su viuda y al huérfano. He procurado, en lo posible, hacerle de padre a Cristóbal; tal vez por esto no sucumbí en la guerra.

A veces la existencia humana parece demasiado breve para el amor. Otras veces, en cambio, ocurre lo contrario: el amor humano parece demasiado breve en relación a la existencia —o demasiado superficial. De todos modos, cada hombre tiene a su disposición una existencia y un amor. ¿Cómo hacer de ello un conjunto lleno de sentido?

Además, este conjunto nunca puede encerrarse en sí mismo. Ha de estar abierto, de forma que por un lado se proyecte sobre los demás, y por otro mani-

fieste siempre la Existencia absoluta y el Amor; que siempre de algún modo los refleje.

He aquí el sentido último de vuestros destinos:

¡Teresa!

¡Andrés!

¡Ana!

¡Esteban!

y de los vuestros:

¡Mónica!

¡Cristóbal!

T E R E S A

Adán nos fue nombrando uno tras otro. Calló su nombre, porque era el nombre de todos nosotros, y su propio nombre que, al mismo tiempo, hacía de defensor y juez. En silencio, sin saber cómo, nos íbamos confiando a su juicio, a su análisis, a su corazón. Todo lo que fue y pasó, o pasaba a ser lentamente en un conjunto distinto. No era fácil apartar el pensamiento y el corazón de la joven pareja: Mónica y Cristóbal reflejan de nuevo, en cierta manera, la Existencia absoluta y el Amor.

¿De qué manera? He aquí una pregunta
que solamente
puede plantearse al final.

(Ahora ni siquiera estaba el espejo,
en el que antaño Andrés
y yo descubrimos nuestro próximo futuro).

¡Ah, el orfebre ha cerrado su tienda! Y ellos dos
se han ido.

¿Saben al menos lo que reflejan? ¿No tendríamos
que seguirles?

Pero, después de todo, tienen sus propias ideas...
Volverán aquí, seguro que volverán. Se han ido
sólo a reflexionar un poco:

¡crear algo que refleje la Existencia absoluta
y el Amor

es la más hermosa de las tareas!

Pero se vive sin saberlo.

E S T E B A N

También yo ignoraba de qué hablaba Adán, y luego Teresa, madre de Cristóbal. Antes, Ana había estado como confesándose con Adán de los últimos largos años de su vida. Cuando terminó de hablar del Esposo, que «debía tener» mi rostro, se refirió en seguida a Mónica. Comprendí claramente una sola cosa: Mónica quiere dejarnos a toda costa —¿por qué?, ¿por qué?

No entiendo nada de lo que significa eso de «reflejar la Existencia absoluta y el Amor» —pero si Mónica desea tanto alejarse de nosotros, sé con seguridad el porqué: nosotros dos, Ana y yo, los reflejamos muy mal. Lo he visto con claridad y esto, no sé cómo, ha comenzado a hacerme daño.

Y en ese momento —por primera vez desde hace muchos años— he sentido la necesidad de decir algo que pusiese al descubierto mi alma entera y decírselo precisamente a Ana (era como un intento de autoacusación, o más bien un intento de repartir la culpa entre los dos — —)

Me acerqué a ella y puse mi mano sobre su brazo (cosa que no había hecho en mucho, muchísimo tiempo). Le dije además estas palabras:

¡Lástima que durante tantos años

no nos hayamos sentido como dos niños!

¡Ana, Ana, cuánto tiempo perdido!

F I N

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «EL
TALLER DEL ORFEBRE», DE LA BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS, EL DIA 26 DE
ABRIL DE 1980, FESTIVIDAD DE SAN
ISIDORO, OBISPO Y DOCTOR DE LA
IGLESIA, EN LOS TALLERES DE
LA EDITORIAL CATOLI-
CA, S A, MATEO INURRIA,
NUM 15, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

El taller del orfebre se publicó por primera vez en 1960 en la revista *Znak*, bajo el pseudónimo de Andrzej Jawien. Es la historia —el drama interior— de tres jóvenes parejas de esposos —Teresa y Andrés, Ana y Esteban, Mónica y Cristóbal— que experimentan el esplendor y, también, la oscura noche, a veces lacerante, del amor humano. La obra lleva este subtítulo, que equivale a un mensaje: *Meditación sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama.*

Nos llega este mensaje a través de una acción situada en un espacio y un tiempo en los que la realidad cotidiana se conjuga admirablemente con el símbolo, del que son portadores los personajes, entre los cuales destaca el viejo y sabio orfebre, figura central que invade totalmente la vida de los protagonistas. El cristal del escaparate de su tienda es un extraño espejo en el que se refleja el futuro de la pareja humana hasta la frontera misma del misterio, y su balanza no pesa el metal, sino toda la existencia del hombre y su destino.